

GANADORA AUTONÓMICA



EL PODER DE UN ABRAZO

Ana Galiano Gómez

Colegio de la Señora de Nuestra Fuensanta (Murcia)

A pesar de haber amanecido hace dos largas horas, el mundo estaba ensombrecido, triste, oscuro. Hoy, el cielo y la tierra, ambos de un color gris plomizo, disipados por una extraña niebla, se funden en el lejano horizonte. Se avecina tormenta. Lo sé. Lo presiento. Juraría que puedo oler algo diferente en el café con leche que me bebo. Algo falla. El espeso líquido que adoro no es el mismo de siempre y el azúcar hoy no sabe tan dulce como otros días. Cuando abro el periódico que mi servicial labrador me trae, se me cae el alma al suelo al descubrir abatida que no me había equivocado, algo iba mal. Una oscura noticia se cierne esta mañana de sábado sobre el mundo entero. Aprieta tanto que me asfixia. Por unos minutos hace que pierda la cordura. Me sumerjo en un futuro en el que la gente no se entiende; un mundo donde las palabras pierden su sentido desgastadas por el poco uso que se les da; un mundo en el que los libros son inútiles y se queman en las hogueras, como algunos hicieron antaño. Noto cómo una ola de cansancio me recorre de los pies a la cabeza, cómo la tristeza, la frustración y la impotencia se enfrentan en una frenética carrera por llegar hasta mi corazón. La más rápida es la tristeza, pero enseguida es sustituida por la frustración y la impotencia, que se mezclan con mi alma robándole el brillo y la alegría que le corresponde. Pero, quién sabe cómo, logro salir de mi casa con las lágrimas emborrachándome la vista y el periódico bajo el brazo. Decido acudir a la única persona que sé que me dará todas las respuestas que necesito: Óscar.

Camino por las calles, donde la gente se mezcla, ríe y habla como si nada ocurriese. Quizá no sepan aún la noticia, o ni siquiera les importe. Sea lo primero o lo segundo, sigue siendo igual de horrible. Tengo ganas de gritar con todas mis fuerzas, que me oigan todos, desde las pacíficas cigüeñas que duermen en lo alto del campanario hasta las ratas que corretean por las alcantarillas. A pesar de todo no me sale la voz, pero noto cómo la gente, más sensible de lo que parece, palpa mi dolor en el aire y se aparta para dejarme pasar, como si pudiese pegarles una enfermedad. Justo cuando creo que no voy a soportar pasar un minuto más atrapada ante esta multitud,

comienza a llover. El agua fría cae del cielo en un descenso rápido, y recuerdo a mi hermana pequeña diciéndome que llueve porque las nubes lloran. Y así paso el resto del trayecto, llorando con las nubes y dejando que mis lágrimas se mezclen con las suyas. Al fin llego a mi destino.

Un elegante edificio construido hace más de 40 años se alza majestuoso ante mí. La familiar forma de las ventanas y el color grisáceo de la fachada me consuelan. Un rayo de sol atraviesa la niebla e ilumina un letrero: "Biblioteca". Atravieso la puerta. Me quedo largo rato en la entrada con los ojos cerrados, dejándome acariciar por el ritmo que marcan las suaves pisadas sobre el suelo de madera y el olor que desprende el polvo de los libros. Cuando abro los ojos dirijo una mirada a las altas estanterías repletas de historias, vidas, recuerdos, amores y aventuras, y empiezo a caminar. Un anciano escuálido y encorvado me observa desde una esquina de la enorme sala. Su bigote blanco y su larga barba destacan la primera vez que lo veo. Pero conforme me voy acercando a Óscar me hundo en sus grandes ojos marrones, que parecen hechos de chocolate fundido, eso sí, un chocolate antiguo, espeso, cálido y enigmático que hoy encierra en su interior una terrible noticia. Con una sola mirada, Óscar me comunica más que lo que cualquier otra persona me diría con cientos de palabras. Así sé que los diccionarios, cansados de pasarse la vida gritándonos desde las estanterías, han dejado de hacerlo, se han rendido. Se han sentido tan muertos, tan vacíos y tan inútiles que han dejado de esforzarse por mantener las palabras de la mano de sus correspondientes significados, han dejado que la coherencia abandone sus páginas. Sólo espero que, con un poco de suerte, siga quedando sitio para ella en el interior de esos gruesos y sabios tomos, que se apiaden de nosotros y no nos abandonen.

Me acerco a una de las estanterías y cojo uno de aquellos diccionarios entre mis manos, lo acuno como si de un bebé se tratara y, con cariño y amor, lo acaricio lentamente en un intento desesperado de pedirle perdón por no haberle escuchado, ya que me siento profundamente culpable. Alguien me da una palmadita en el hombro. Antes de girarme sé que es Óscar. Nos quedamos unos segundos callados, uno frente al otro, hasta que, sin soltar el diccionario, le abrazo.

No es un abrazo normal. En él no solo hay dos cuerpos que chocan y dos personas tocándose, sino dos almas que se abrazan fuertemente de forma invisible, se unen de una manera mágica y especial que nadie, excepto ellos dos, puede percibir.

Así nos quedamos con nuestras almas entrelazadas, llorando de la forma más bella que existe, en silencio, solo con los ojos y el corazón, dejando al resto del cuerpo fuera. Y así, mientras nuestros mundos se derrumban poco a poco a nuestro alrededor, compartimos nuestra pena y nuestro dolor y sentimos que la pesada carga, al ser compartida, parece que pesa un poco menos.